

15. La problemática obsesiva

Como lo hice para las perversiones y la histeria, voy a encarar la estructura obsesiva¹ a partir del proceso de actualización del deseo del sujeto frente a la función fálica.

Tradicionalmente, en el campo psicoanalítico, a menudo se presenta la estructura obsesiva como una organización psíquica que tendría la particularidad de ser, en muchos aspectos, opuesta a la de la histeria. Por cómo que sea este tipo de perspectiva, no deja por ello de ser ambiguo. Esta oposición no sólo es relativa, también es bastante inadecuada. Sólo toma como base ciertas apreciaciones fenomenológicas, y en ningún caso *rasgos estructurales*.

La principal de estas apreciaciones consiste en poner de manifiesto un hecho específico que podría acreditar esa oposición. A la inversa del histérico, *el obsesivo se habría sentido demasiado amado por su madre*. Aunque esta situación de hecho aparezca como indiscutible en todas las problemáticas obsesivas, en nada constituye un elemento pertinente que permita oponer tan fácilmente el obsesivo al histérico. Prueba de ello sería que se trata también de un elemento conjetural frecuentemente identificable en las organizaciones per-

¹ No cabe duda alguna de que la estructura obsesiva constituye una organización psíquica que no encontramos sólo entre los hombres. Aunque sea mucho más rara en las mujeres, existe sin embargo, con todo su cortejo de manifestaciones sintomáticas estereotipadas tal como se las observa en la neurosis obsesiva masculina. Por razones de síntesis, aquí no me referiré más que a la neurosis obsesiva del hombre.

versas. Desde el punto de vista del diagnóstico, pues, no podemos apoyarnos en este elemento de observación.

No obstante, se trata de un componente seguramente valioso para encarar la lógica obsesiva. Poner de manifiesto que el obsesivo es un sujeto que se sintió demasiado amado por su madre es señalar algo específico desde el punto de vista de la función fálica. De hecho, a menudo el obsesivo se manifiesta como un sujeto que fue particularmente investido como objeto privilegiado del deseo materno, es decir, privilegiado en su investidura fálica. De donde proviene esta fórmula, ya evocada: *los obsesivos son nostálgicos del ser*. Esta nostalgia encuentra su principal apoyo en el recuerdo de un modo particular de relación que el obsesivo mantuvo con su madre. Sin duda, sería más exacto hablar de la relación que su madre mantuvo con él. Siempre se localiza en la historia de los obsesivos la mención de un niño que fue el preferido de su madre, o que por lo menos pudo, en un momento dado, sentirse privilegiado ante ella.

En las apuestas del deseo movilizadas por la lógica fálica, ese «privilegio» despierta necesariamente en el niño una investidura psíquica precoz y preponderante que consiste en constituirse como objeto ante el cual la madre supuestamente encontrará lo que no logra encontrar con el padre. En otros términos, el niño es capturado en esta creencia psíquica: la madre bien podría encontrar en él aquello que supuestamente debe esperar del padre.

Esto nos sitúa ante uno de los puntos decisivos de la apuesta fálica en la dialéctica edípica: *el pasaje del ser al tener*, donde la madre aparece para el niño como dependiente del padre, en el sentido de que este último le «hace la ley» desde el punto de vista de su deseo. Bien lo sabemos, aquí se trata de una vivencia psíquica presentada e interpretada por el niño. Si el padre le hace supuestamente la ley a la madre, es a condición de que la propia madre desee supuestamente aquello que no tiene y que el padre posee. Por propia definición, se

trata de la *investidura simbólica* del padre, la cual resulta en la atribución fálica. El pasaje del «ser» al «tener» se efectúa siempre en ese desplazamiento del atributo fálico. Ahora bien, tal desplazamiento sólo puede realizarse cuando algo consecuente fue significado al niño en el discurso materno, especialmente que el objeto del deseo de ella era estrictamente dependiente de la persona del padre. Sólo la significación de esta dependencia puede movilizar al niño en la dimensión del tener.

Cuando ciertas ambigüedades son significadas, en el discurso de la madre, a propósito de la «localización» del objeto del deseo, el niño puede instalarse imaginariamente en un *dispositivo de suplencia para la satisfacción del deseo materno*. Este es un punto crucial en la determinación de la estructuración obsesiva.

Hablando con propiedad, no se trata de una suplencia del objeto del deseo de la madre. Si tal fuera el caso, nos hallaríamos en presencia de líneas de determinación favorables a la organización de las perversiones y aun de las psicosis. Más bien se trata, aquí, de *suplir la satisfacción del deseo* de la madre. Esto permite suponer que esa satisfacción le fue señalada al niño como desfalleciente. Toda la ambigüedad antes mencionada gira precisamente en torno de esta dependencia del deseo de la madre con respecto al padre. Lo que la madre significa al niño, aun sin saberlo, puede reducirse a dos significaciones que no se recubren por completo. Por un lado, el niño percibe que la madre es dependiente del padre desde el punto de vista de su deseo; pero, por el otro, no parece ella recibir completamente del padre lo que supuestamente espera de él. Esta laguna en la satisfacción materna induce, ante el niño que la contempla, la apertura favorable a una *suplencia* posible.

Así, pues, el niño se confronta con la ley del padre, pero también queda subyugado por el mensaje de la insatisfacción materna. En este punto hay que hacer una

aclaración: ante los ojos del niño, la madre no aparece como radicalmente insatisfecha. A lo sumo, se trata de una *vacancia parcial* de esta satisfacción, que la madre intentará suplir en su origen buscando un *complemento* posible junto al niño. Es en este sentido, y solamente en este sentido, como el obsesivo es objeto de una investidura particular que le da la convicción de que fue *el niño preferido, privilegiado*. Pero, lo repito, el privilegio nunca es más que suplencia de la satisfacción desfalleciente del deseo materno. Si el niño es lógicamente conducido a la ley del padre por la referencia del discurso materno que inscribe allí su deseo, esta suplencia no deja de constituir una incitación hacia la persistencia de la identificación fálica. Por ello, siempre existe en el obsesivo un tironeo constante entre el retorno regresivo a tal identificación y la obediencia a la Ley y a las implicaciones que ella supone.

Por más que ese retorno al ser sea intensamente codiciado frente a la satisfacción desfalleciente del discurso materno, jamás se consume plenamente. Sólo esa «nostalgia» sintomática revela ciertos rasgos estructurales característicos de la economía obsesiva del deseo. Del mismo modo, puesto que el reconocimiento del padre simbólico se sostiene de ciertas ambigüedades, será también objeto de peculiares manifestaciones.

Este tironeo permanente se ilustra sobre todo en la actitud de *fuga hacia adelante* que el obsesivo no deja de actualizar frente a su deseo.